

Familias con jóvenes adolescentes en la actualidad

Eva Bosoer

Hace algunos años, en el prefacio del último libro de la recordada J. Puget, encontré palabras de una gran actualidad, y que se pueden pensar como un llamado y alerta, pero también como un camino a transitar:

“¿qué harán las generaciones venideras con lo que el psicoanálisis no ha contemplado, que hace a la subjetividad social y contemporánea de los jóvenes, de las familias llamadas nuevas, de las parejas en sus organizaciones actuales?” (Puget, 2014:7).

Estas palabras quedaron resonando en medio de mis reflexiones, no sólo acerca de lo que “el psicoanálisis no contempló”, sino también en forma de interrogantes acerca de las condiciones de producción de las problemáticas familiares con jóvenes adolescentes que tenían conductas destructivas y autodestructivas.

A partir de los años 80 en que comencé a atender familias, los conflictos habituales y universales fueron tomando una dirección y características, que ponían en evidencia fenómenos inéditos en la vida familiar.

“Hasta aquí llegamos, intentamos todo, y ya no sabemos que hacer”, eran las expresiones comunes con las que las familias llegaban a las primeras entrevistas y que no resultan extrañas, cuando concurre una familia con hijos, sean pequeños o jóvenes adolescentes.

Lo novedoso era un declarado “hacer”, enmarcado en la pura acción, en impulsos desatados o atados a palabras en discursos locos y enloquecedores, que desconocían límites y jerarquías.

Así empezaban mis registros de una creciente transformación en las problemáticas, y que fui corroborando con colegas psicólogos, psicoanalistas y de otras disciplinas, con quienes compartíamos la idea de que no estábamos preparados para atender una demanda ligada a la urgencia y a la acción con estas características epocales, por lo menos como lo veníamos realizando, cada uno dentro de su especialidad.



En un crescendo puedo ubicar a partir de los años de la dictadura que vivimos bajo gobiernos militares, la guerra por Malvinas, la crisis del 2001, como acontecimientos sociales traumáticos que dejaron marcas y efectos en la subjetividad a corto o largo plazo en todo el conjunto social.

Además, de incrementos en adicciones cada vez más severas, la tragedia de Cromagnon, etc. donde con algunas variaciones podemos ubicar a los jóvenes como protagonistas.

El sufrimiento derivado de esos acontecimientos se expresaba en figuras violentas donde la transgresión y la marginalidad los ponían en los bordes de la vida, pero también podían transformarse en una amenaza para los otros.

El espacio físico del consultorio que marcaba la ilusoria frontera entre el adentro y el afuera, donde lo privilegiado era la intimidad, se empezó a poblar de voces, de las familias, de otros profesionales, jueces, maestros, etc.

Varios hechos llamaron mi atención:

- 1- Una intimidad trastocada, abierta a lo público, con una excesiva espectacularización de las problemáticas que denotaban lo impreciso de las fronteras entre lo privado y lo público, entre el adentro familiar y el afuera público.
- 2- Una estrecha y compleja relación entre la sintomatología que se presenta: conductas violentas, maltrato, abuso, conductas autodestructivas, adicciones, fugas, depresiones, etc. y la caída de la autoridad, destrucción de las legalidades, desaparición de los ritos de pasaje, desconocimiento u olvido de las historias familiares, confusión y desorden en los lugares ocupados en el sistema familiar.
- 3- Fuerte presencia de intervenciones institucionales (justicia, educativas, policiales, etc.) en la organización familiar.
- 4- Dificultades en este tipo de clínica familiar, no sólo por las características específicas de sus funcionamientos familiares e individuales, sino también por las implicancias que tienen en el encuadre y en la relación con el terapeuta, el control y la vigilancia a que quedan sometidos estos grupos familiares por la intervención de distintas instituciones.

Los hechos descriptos me llevaron a múltiples preguntas: ¿cuáles eran las acciones pertinentes ante esas fuertes presencias, que no se dejaban pensar y que arrasaban con mis posibilidades de comprender?

Otro interrogante estaba ligado a la incesante aparición de imágenes mediáticas, ¿cuál o cuáles eran los mecanismos por los que, de distintas maneras, reaparecían en las patologías?



En principio lo que podía observar, era su entramado en los discursos sociales y familiares, y que por el peso de su naturalización y los excesos, parecían resbalarse de todo sentido. En libros por internet se podía saber cómo comer menos, o cómo cortarse la piel.

“Fue un porrito”, o es sólo porros, no come, pero todas las chicas están iguales, se corta o raya con un compás, pero vio que ahora está de moda”.

“quizá le saqué las botas muy rápido de la cabeza”, dice la mamá de Tomi con presunto diagnóstico de Trastorno de atención ADD.

Con asombro y cierta perplejidad empecé a dirigir la mirada a esos mundos, a los “mundos actuales” (Viñar), y puedo ubicar el comienzo de mis reflexiones, acerca de las condiciones de producción de estas problemáticas y en las posibles articulaciones entre las dimensiones sociales, culturales, psicoanalíticas, históricas, etc.

La trama incierta que arman el espacio social y el espacio familiar, nos enfrenta con la imposibilidad de articular y controlar todas las dimensiones del campo cultural, social e histórico y el espacio del psicoanálisis, y sus contenidos. Y ya no alcanzan ni caben explicaciones reduccionistas o lineales. Sin embargo, profundizar en estas temáticas, es todo un desafío a la propia creatividad, sabiendo que contamos con la tradición, en el psicoanálisis de familia y pareja, tenemos maestros que han abierto y allanado muchos caminos, lo cual nos habilita a cierta innovación o creación.

Entre tantos pensadores, algunas de las conceptualizaciones del Pensamiento Complejo de E. Morin, me ayudaron a iluminar algunas zonas oscuras y en tránsito permanente, como suelen ser las intersecciones entre los mundos actuales y el mundo familiar, entre el sujeto y su familia.

La implementación del abordaje interdisciplinario se vuelve imprescindible en el trabajo con las problemáticas familiares severas. Sé que no es novedad, pero sin embargo, todavía se escuchan voces temerosas por las dificultades que generan o por desconocimiento.

Para los psicoanalistas, y como sujetos de estos tiempos, esas miradas =producciones nos son fundamentales, ya que iluminan o revelan aspectos que trascienden nuestra disciplina. Es que la familia como organización es el lugar privilegiado para ser observada y estudiada desde las distintas miradas disciplinarias.

Las intersecciones disciplinarias con la historia, la sociología, la filosofía, la antropología, los estudios culturales, etc. abren a mayores posibilidades para la comprensión de la complejidad que encierra lo familiar y el proceso adolescente, se produce un efecto de ampliación de las ideas acerca de la familia y la subjetividad social.

Es así posible armar un zócalo desde el cual profundizar, no sólo en las distintas concepciones de la vida familiar, en sus funcionamientos, en las modalidades de las relaciones que se establecen entre los miembros y con otras generaciones y con el medio social;



también entender los sufrimientos y malestares, debido a los distintos acontecimientos socio políticos que muestran el espíritu de la época, el *Zeitgeist*.

El vivir en una cultura de lo ilimitado y de los límites extremos, que como dice R. Kaes con cierta heroicización de la muerte, es un fuerte ejemplo de los ya no tan nuevos fenómenos sociales. Los vemos en la clínica, donde las conductas destructivas y autodestructivas llevan el sello del riesgo, la emergencia, la acción y la confusión, etc. Pero lo que predominaba era esa entrada de lo social en la intimidad familiar y en la subjetividad.

Si pensamos a la familia como una organización abierta y en flujo constante con la trama sociocultural, se puede decir que todas las familias y sus integrantes están en riesgo. Ese flujo, además de enriquecernos con productos y bienes culturales, nos expone a lo ilimitado, a actos violentos, crueles. Esta exposición permanente, genera una serie de mecanismos - naturalización, desmentidas- hasta entramarse en lo cotidiano.

Una madre le dice a su hija, respecto al abuso que sufrió su nieta por parte de un hermano mayor: "Vos estas muy asustada, pero no es tan grave, hablan de eso todo el día en los programas de TV".

En este esquema, el riesgo es también no saber del riesgo. Y esto nos alcanza a todos, ya que esos discursos y enunciados del conjunto tienen una gran pregnancia, y los vemos expresarse en la asistencia y en los dispositivos terapéuticos.

Cuando trabajamos con el grupo familiar asistimos a parte, o a una mínima parte de los eslabones de una cadena de determinaciones, pero enfocamos la mirada en los vínculos familiares y en las severas problemáticas de sus integrantes.

Sin embargo hay eslabones en la penumbra, acontecimientos de lo socio cultural que sabemos eficaces a la hora de producir sufrimientos, a algunos lo podemos dejar en espera, otros aparecen en la escena terapéutica, como darles forma e incluirlos en las intervenciones para ampliar el sentido de muchas conductas?

Por eso considero que dentro de los debates pendientes están, más allá de nuestra implicancia, el dar cuenta de nosotros mismos. Desde el momento que como sujetos pertenecemos a estos "mundos actuales" y "superpuestos" con nuestros pacientes; no estamos ajenos al impacto emocional que produce el trabajo con estos sufrimientos, como nos ubicamos, como pensamos estas situaciones.

¿Qué sucede con los adolescentes en los tiempos actuales y con su familia?

Creo interesante ver en que contextos socio culturales, el joven adolescente realiza la enorme y compleja tarea de su construcción como sujeto, que no se tramita sólo en la

intimidad de su mente y de su grupo familiar. Consiste en la separación de este, de un apoderamiento del cuerpo de adulto, y se prolonga durante el tiempo que demanda a cada joven la realización de tareas que le permitan llegar a cierta autonomía y hacerse responsable de su propia vida.

Coincido con M. Viñar en no tomar el tránsito adolescente sólo como una etapa cronológica definible por una franja etaria, sino como un proceso, una construcción socio cultural, tiempo de transformaciones, de progresos y retrocesos, de logros y fracasos, cuyo comienzo puede tomarse en la niña con la menarca y en el varón con la primera eyaculación o polución nocturna, en compañía de otros cambios corporales.

La fecha de cierre del tiempo adolescente se ha estirado, pero se puede pensar el período de 12, 13, hasta 16-17 años de vida como un tiempo de magnitud e intensidad donde predominan los cambios que se operan en el cuerpo y en lo mental, y llamar juventud o adolescencia tardía a los años posteriores. En este sentido, no se debería conjugar en lo singular, porque hay una pluralidad de adolescencias en cada tiempo histórico, lugar geográfico y social.

Hace tiempo que no existe una noción unitaria y genérica de adolescencia, y como construcción cultural debe ser pensada en la diversidad de contrastes.

Frente a este tema el autor citado, prefiere un posicionamiento más interactivo de causalidades complejas, culturales y psicológicas que modelan "la tormenta hormonal de la pubertad" para producir adolescencias múltiples propias de cada tiempo y lugar. Es de destacar el clima de incertidumbre, vulnerabilidad en que el joven desarrolla estas tareas.

Durante la adolescencia se constituye una serie de identificaciones nuevas, sin renunciar a las primeras identificaciones infantiles. Ahora los nuevos modelos pueden ser adultos ajenos a lo familiar, pero por sobre todo otros jóvenes, compañeros, amigos en quienes se busca aceptación, y reconocimiento.

En este camino de transformaciones desconcertantes, el joven suele tener manifestaciones que preocupan a los que lo rodean, en sus conductas, en su aspecto físico, en su cuerpo.

Es que antes de adoptar un rol adulto, juega con ideologías, con la sexualidad, con pseudo adicciones, experimenta el "ser grande".

D. Winnicott, refuerza y rescata el lugar adulto, al cual le adjudica la difícil misión de sobrevivir a sus ataques. Donde existe el desafío de un joven que haya un adulto para encararlo, resaltando la función trófica de la confrontación, y esto es fundamental para construirse como sujeto, su espacio y lugar en el mundo.

A medida que realizan la exogamia, que se apartan de la familia, encuentran interlocutores en sus grupos, con quienes arma sus propios códigos, normas, compartir alegrías y tristezas de este proceso en común que están transitando.

Para entender el protagonismo del joven adolescente, considero importante incluir los cambios y transformaciones, producto de la tradicionalización y des tradicionalización en la vida familiar y, sobre todo en las relaciones con los jóvenes.

Entre las viejas=antiguas formas de organización y las nuevas, hay toda una serie de transiciones y novedades. Sabemos que los cambios no son abruptos, existe una tendencia natural a la inercia de seguir conservando las viejas formas, que mientras tanto al encontrarse con lo nuevo y actual generan inevitables choques.

El historiador Hobsbawm expresa que en la segunda mitad del siglo XX, lo que se pensó como una distribución básica y duradera sufrió cambios estrepitosos, y la típica familia nuclear occidental casada con hijos se encontró en franca retirada.

Retirada donde la temporalidad, los tiempos para elaborar las propias biografías, los ritos de pasaje, autoridad, jerarquías, legalidades se pusieron en cuestión, y los parámetros básicos para adultos y los jóvenes dejaron de tener un fundamento organizador y estructurante.

Ese "universo social aparte" (Bourdieu) tal como fue pensada la familia, tenía sus propios mitos y secretos, como un modo de reforzar y consolidar las fronteras que la separaban del mundo, profundizar la idealización de su interior como sagrado (como oposición al exterior).

Pero toda esta construcción se vio conmovida por el impacto de los procesos de individualización, ligados a la expansión de la modernidad, que incluyeron la emergencia de sujetos individuales, autónomos; los lugares sociales, y opciones abiertas a las personas, cambiaron profundamente, y donde la identidad dejó de ser un dato para convertirse en una "tarea".

El proceso intrafamiliar de individualización cambia la relación social y la cualidad del vínculo con los hijos. El hijo se convierte en la última relación primaria que queda y en función de él se organiza la vida de pareja y familia, aunque la relación de pareja pueda debilitarse, el hijo queda en un lugar fundamental, monopoliza los vínculos, y según el sociólogo U. Beck es el último recurso contra la soledad.

Potente argumento para prolongar el estatuto de *The Majestic baby*, del cual nos habló Freud en su *Introducción del Narcisismo*, y veremos su trascendencia cuando caractericemos al joven en la actualidad, en cuanto a la jerarquía en la organización familiar.

El lugar del hijo sufre distintos destinos: desde ser abandonado a ocupar el centro de la escena familiar, y obligado a lealtades visibles o no, con sus padres, ser parentalizado y en consecuencia adquirir una autonomía precoz.

Estos complejos procesos, saturados de presiones, y exigencias fueron llevando a “la familia autoritaria de antes y la familia triunfal o melancólica de no hace mucho”, a transformaciones que dejaron ver sus heridas íntimas, con violencias silenciosas o no, y que E. Roudinesco llama *la familia mutilada de nuestros días*.

Las transformaciones del mundo familiar fueron producto de la intervención de múltiples factores, que en parte vengo describiendo, pero a los efectos de este trabajo resalto los siguientes:

El papel preponderante de la mujer, a través de demandas de más medios de control de la natalidad, el aborto, el derecho al divorcio, nació el movimiento feminista que tuvo amplia repercusión en todos los niveles en que actuaba la mujer.

El auge de una potente cultura juvenil, con fuertes implicancias en la subjetividad de los jóvenes, por su protagonismo en las luchas sociales, políticas, y culturales, y que alcanzaron de un modo inquietante a la vida familiar, quedando en el centro el cuestionamiento a las figuras de autoridad.

La cultura joven emergió luego de la segunda guerra mundial, y en un proceso que tuvo momentos de gran exposición, como fue el mayo francés del 68, se expandió a otros lugares del planeta, marcado por el deseo de tener un lugar político y ser tomados en cuenta.

La industria cultural, la economía de mercado transformó a los jóvenes en consumidores eficaces. Con el avance de las políticas neoliberales y con el deterioro de realización personal, los jóvenes empezaron a aparecer en los titulares de los diarios por situaciones de violencia, transgresiones, drogas, etc. Lugar contradictorio y confuso para el joven adolescente que está en pleno procesamiento de su subjetividad. Por un lado, se lo propone como el “tesoro del futuro”, y por otro las ofertas laborales, de estudio, etc., que sólo quedan en ofertas publicitarias, a las cuales no tiene acceso.

A la luz de la historia, y por los efectos en los distintos planos de la vida familiar, sobre todo en familias con serias disfunciones en cuanto a los lugares de autoridad, es posible pensar que mucho de ellos y sus familias no contaron con los recursos y el “capital afectivo” para enfrentar las nuevas posiciones que les deparó el protagonismo y las transformaciones que empezaron a operar en la vida de los sujetos.

El auge de la cultura juvenil indicaba un cambio profundo en la relación existente entre las generaciones, producto de las transformaciones de las “temporalidades”, que forman parte de las dinámicas contemporáneas de individuación.

La identidad que fueron forjando los jóvenes a través de las grandes diferencias y desentendimientos básicos entre padres e hijos, produjo un inmenso abismo entre las concepciones de vida, sus experiencias, sus expectativas y la de las generaciones mayores.

Se puede entender el alcance traumático de la inseguridad y de desubicación ante la abolición o la pérdida de sentido de las antiguas normas de conducta.

Las consecuencias morales de la relajación de los lazos tradicionales de la familia y sus enunciados fundamentales fueron más graves, ya que la familia no sólo era lo que siempre fue, un mecanismo de perpetuación, sino también un medio de cooperación social. Los vínculos se empezaron a erosionar, al igual que los sistemas valorativos que los sustentaban.

Me parece interesante transmitir lo que dice E. Hobsbawm (2012:12): "La destrucción del pasado, o más bien de los mecanismos sociales que vinculan la experiencia contemporánea del individuo con las generaciones anteriores, lleva a los jóvenes, hombres y mujeres a crecer en una suerte de presente permanente sin relación orgánica alguna, con el pasado del tiempo en el que viven".

Uno de los interrogantes que se me planteaban era el lugar de los jóvenes adolescentes en lo social, el lugar de protagonistas en distintos acontecimientos y la categorización que empezaba a surgir a partir de los mismos, que llevó a una construcción cultural de los jóvenes como rebeldes, vagos, violentos, adictos, etc. No cabe duda que muchas de estas características son inherentes y forman parte de una serie de cambios y transformaciones que vive el joven.

A modo de hipótesis, considero que el joven quedó fundido entre las propias aspiraciones, de ser él mismo, de diferenciarse de lo familiar, de sus mandatos y las promesas que en sus distintos formatos y de distinto origen le auguraba un lugar ideal en lo socio cultural. En ese sentido asistimos a distintas maneras de efectivizar la separación y discriminación de los padres, operación compleja, donde no todos los jóvenes tienen los soportes familiares, que le permita "ir" a probar, y si es necesario volver a casa.

Momentos críticos con los padres que a su vez han cambiado de lugar en relación con el siglo anterior, frente a ellos el joven se encuentra frente a un espejo, padres frágiles y fugaces que dejan hacer y que abdican de su responsabilidad.

Y cómo son los procesos, ¿cómo elaboran las familias esas "nuevas" realidades que impactan en la vida cotidiana?

Tomo la temática del tiempo, las formas del transcurrir vertiginoso, que parecieran licuar los procesos y etapas "naturales" de la infancia, la adolescencia, adultez, etc., convirtiéndolos en hechos críticos y de vulnerabilidad.

Así vemos a niños y adolescentes “adultizados”, no sólo por efectos de los mandatos familiares de parentalización, sino por una cultura que los toma como protagonistas-consumidores de objetos y proclamas del conjunto adulto; y a jóvenes adultos “aniñados”, a los que se les promete entre otras cosas el no paso del tiempo y un poder ilusorio. Una cultura de la inmediatez, de un ya, como modos de salvar del vacío, de la soledad, de las imperfecciones.

En definitiva, una cultura que desestima la elaboración de las pérdidas y sus duelos, y como dice M. Viñar “en esta cultura se cambia la reflexión por el reflejo, lo que cambia la manera de pensar y estar en el mundo”.

Se asiste a una realidad que falla en los sistemas de regulación, porque le propone al adolescente un trabajo contradictorio, confuso, con pautas inciertas –perversas, para lo limitación de lo pulsional. Todo el grupo familiar queda atrapado en esa impostura facilitada por el entorno. Algunas familias no pueden enfrentarlo porque llevan en su seno las marcas de severos conflictos históricos, con serios deterioros en la capacidad de simbolización, y en consecuencia de elaborar los diversos procesos de cambios por los que atraviesa la familia.

Así cuando el adolescente padece de las tantas patologías circulantes, denuncia ese malestar actual, que vive él y su familia. En una aparente libertad de elección “decide”, desde sus impulsos, por ejemplo, no ir a la escuela, comer lo que cree conveniente, tomar o fumarse. Arma su propia legalidad, validada y a la vez cuestionada por los enunciados culturales. Así los riesgos dejan de ser riesgos.

Encuentro en los funcionamientos familiares la predominancia de la desmentida, el no ver, no anticipar, que se reproduce en los hijos, en quienes existe déficit de la función defensiva para generar la señal de alarma.

Las situaciones que les acontecen son meros “accidentes” disruptivos, pero que entrañan riesgo físico y psíquico. La severidad de esta modalidad es que cada situación se vive como si fuera la primera vez, la experiencia parece no fijarse en la memoria, y entonces “desaparece” entre otras cosas, la posibilidad de anticipación y prevención.

Estas características conforman un tipo de funcionamiento familiar simétrico (Rojas), donde la indiscriminación diluye posiciones, lugares y muestra a sus integrantes como un conjunto de niños perdidos, que operan entre la desesperación y una anestesia emocional permanente.

Así el hijo queda alienado en el medio familiar al formar parte de una masa indiferenciada de conflictos históricos, no es alguien más que sufre en la familia, es el causante del sufrimiento, y como tal se transforma en un cuerpo extraño, al que hay que “sacar”, medicar, disciplinar.

Con la variada sintomatología que pone en escena, cobra por lo menos la identidad de “enfermo”. Creo fundamental revisar el arco que va desde la desmentida como mecanismo apoyado en la naturalización que se realiza desde lo social, “no es nada, todos fuman porros a cierta patologización de la vida cotidiana. Es que muchas de las conductas de los jóvenes se han vuelto categorías, rótulos, clasificaciones que los pacientes traen como definición de sí. Trastorno bipolar, Trastorno por desatención (ADD), depresiones, adicciones, anorexia, etc.

En algún punto del recorrido familiar, generalmente coincidente con la adolescencia de los hijos el circuito “estalla”, y en esos estallidos se devela lo que llamo Hijos explotados que explotan ellos y /o a su familia, o hijos abusados-abusadores.

Ahora la “cultura familiar” con sus certezas, sus mitos y religiones privadas ya no los cubren y en el peor de los casos, no alcanzan a protegerlos de la intervención de las distintas instituciones asistenciales, judiciales, policiales, etc.

Aparece en escena lo que llamo “prótesis parental”, tema en el cual no voy a profundizar en este trabajo. Distintas instituciones que indican, prescriben lo que los padres, la familia debe hacer frente a un adolescente en crisis. Existe la ilusión de que se acabaron los problemas y el trabajo de cuidado y amparo. La responsabilidad queda delegada.

Uno de los temas referidos a la clínica con estas familias, es la acción, que pone en jaque el encuadre, la adherencia, y la continuidad de los tratamientos, obliga al terapeuta a “jugar” con su creatividad juegos distintos. Para entrar en estos escenarios es necesaria la construcción de dispositivos acordes a la singularidad del grupo familiar y del joven adolescente, básicamente cercar las espirales de violencia, que generan climas de amenaza y amenazantes, y donde las palabras y el sentido se diluyen detrás de estas escenas.

Así la modalidad de realizar entrevistas sólo con la pareja parental, o con los hermanos, solo con el joven adolescente, puede ser un rescate de los climas de indiferenciación, confusión.

Cuando se trabaja con familias y jóvenes con problemáticas severas, se ven dificultades para diferenciar algunas de las características de sus modalidades de vinculación y de sus funcionamientos, en relación con la familia actuales que algunos autores llaman pos o hiper moderna.

Estas diferencias se revelan en la actuación de los fenómenos que son característicos del contexto actual: transgresión, corrupción, burla de la ley, desconocimiento o descalificación de las asimetrías necesarias, etc. Con la idea de borrar todo vestigio de autoritarismo asociado a la sumisión tradicional, queda descalificada la idea de autoridad, fundamental en la construcción del psiquismo individual y de la subjetividad social.



Una hija que se fugaba de la casa, le dice al padre cuando se les indica que tienen que realizar tratamiento familiar: "ahora se acuerdan de ser padres, si vos nunca estuviste presente". Y el padre me dice: "es que ella no cree en la familia tradicional".

Considero que es en este arco de tensiones tendido entre las inestabilidades sociales y familiares, producto de la desestabilización de las dimensiones históricas, individuales, los modelos de identificación, donde creo que como psicoanalistas podemos detectar el plus o los excesos, las predominancias, no sólo en los discursos y en los actos, sino también en las características de sus funcionamientos y modos de vinculación.

Aun así se pueden encontrar caminos para construir un marco donde la palabra, pero por sobre todo la acción sea lo más eficaz y transformadora posible, frente a la perentoria exhortación parental: "no sabemos más qué hacer con él o ella".

Resumen

Este artículo profundiza en las condiciones de producción de las problemáticas severas en familias con hijos adolescentes, con conductas destructivas para sí y para los demás. Se centra en la reflexión e interrogantes, surgidos del espacio generado en la intersección del mundo familiar y lo social, donde los jóvenes "hablan" a través de sus actos y las familias transitan entre impotencias y prepotencias. Estas conductas, ya sean promovidas y facilitadas por una sociedad complaciente con el vértigo, las exigencias de activación y eficiencia, y/o por desarreglos familiares o individuales, con vínculos que expulsan o asfixian, son las que llevan a los jóvenes a caminar por los bordes de la vida. Lo social se vuelve protagonista, con sus paradojas y contradicciones, cuando muestra las problemáticas: en las plazas, en las calles, en las aulas, en lo mediático, pero también en las instituciones de "protección al menor", juzgado, policía, educativas y de asistencia, que actúan sobre la familia y el joven adolescente. Es inherente a estas problemáticas el abordaje interdisciplinario y la construcción de equipos con todos profesionales intervinientes. Aún, en la complejidad de esta clínica, se pueden encontrar caminos para construir un marco donde la palabra, pero sobre todo la acción sea lo más eficaz posible y transformadora, frente a la perentoria exhortación parental, *"no sabemos más que hacer con él o con ella, es imposible vivir así"*.

Palabras Clave

Adolescencias, Familias, Problemáticas severas, Transformaciones y cambios socio culturales, Abordaje interdisciplinario, Clínica familiar.

Families and young adolescents today

Abstract

This article delves into the conditions of production of severe problems in families with adolescent children, with destructive behaviors for themselves and for others. It focuses on reflection and questions, arising from the space generated at the intersection of the family world and the social world, where young people "speak" through their actions and families move between powerlessness and arrogance. These behaviors, whether promoted and facilitated by a society complacent with vertigo, the demands of activation and efficiency, and / or by family or individual disorders, with links that expel or suffocate, are what lead young people to walk through the edges of life. The social becomes protagonist, with its paradoxes and contradictions, when it shows the problems: in the squares, in the streets, in the classrooms, in the media, but also in the institutions of "protection of the minor", court, police, educational and assistance, which act on the family and the young adolescent. Inherent to these problems is the



interdisciplinary approach and the building of teams with all the professionals involved. Still, in the complexity of this clinic, ways can be found to build a framework where the word, but above all the action, is as effective as possible and transforming, in the face of the peremptory parental exhortation, “we do not know more what to do with it or with her, it is impossible to live like this”.

Descriptors

Adolescents, Families, Severe problems, Transformations and socio-cultural changes, Interdisciplinary approach, Family clinic.

Les familles et les jeunes adolescents aujourd'hui

Résumé

Cet article se penche sur les conditions de production de problèmes graves dans les familles avec des adolescents, avec des comportements destructeurs pour eux-mêmes et pour les autres. Il se concentre sur la réflexion et les questions, nées de l'espace généré à l'intersection du monde familial et du monde social, où les jeunes « parlent » à travers leurs actions et les familles évoluent entre impuissance et arrogance. Ces comportements, qu'ils soient favorisés et facilités par une société complaisante avec le vertige, les exigences d'activation et d'efficacité, et / ou par des troubles familiaux ou individuels, avec des liens qui expulsent ou étouffent, sont ce qui amènent les jeunes à franchir les limites de la vie. Le social devient le protagoniste, avec ses paradoxes et ses contradictions, quand il montre les problèmes: sur les places, dans les rues, dans les salles de classe, dans les médias, mais aussi dans les institutions de « protection du mineur », tribunal, police, éducation et assistance, qui agissent sur la famille et le jeune adolescent. L'approche interdisciplinaire et la constitution d'équipes avec tous les professionnels impliqués sont inhérentes à ces problèmes. Pourtant, dans la complexité de cette clinique, des moyens peuvent être trouvés pour construire un cadre où la parole, mais surtout l'action, est aussi efficace que possible et transformant, face à l'exhortation parentale péremptoire, « on ne sait pas plus que faire avec elle, il est impossible de vivre comme ça ».

Descripteurs

Adolescents, Familles, Problèmes graves, Transformations et changements socioculturels, Approche interdisciplinaire, Clinique familiale.

REFERENCIAS

- Attali, J. (2015). *Historia de la modernidad. Como piensa su futuro la modernidad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Beck, U. (1998). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.
- Bourdieu, P. (1994). *El espíritu de familia*. 135-145. *Raisons pratiques sur la théorie de l'action*. Paris: Editions du Seuil.
- Bosoer, E. (2016). *Familia actual y adolescencias en la Argentina: condiciones de producción de problemáticas severas o de riesgo en jóvenes y familias en tratamiento*. Tesis. IUSAM
- Butler, J. (2009). *Dar cuenta de sí mismo. Violencia ética y responsabilidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Deleuze, G. (2008). *El ascenso de lo social. Epílogo en el libro La policía de las familias*. Buenos Aires: Nueva visión.
- Kaës, R. & Puget, J. (comps.). (2006). *Violencia de estado y Psicoanálisis*. Buenos Aires: Lumen.
- Morin, E. (1998). *Nuevos paradigmas. Cultura y subjetividad*. Comp. D. Schnitman. Buenos Aires: Paidós.
- Puget, J. (2015). *Subjetivación discontinua y psicoanálisis. Incertidumbres y certezas*. Buenos Aires: Lugar.
- Viñar, M. (2013). *Mundos adolescentes y vértigo civilizatorio*. Buenos Aires: Noveduc.
- Rojas, M.-C. (2011). Pensar la/s familias hoy: estar solo, con otro. *Psicoanálisis & Intersubjetividad*, 2. Recuperado de <https://www.intersubjetividad.com.ar/pensar-la-s-familia-s-hoy-estar-solo-con-otro/>
- Kessler, G. & Merklen, D. (comps.). (2013). *Individuación, precariedad, inseguridad*. Buenos Aires: Paidós.
- Winnicott, D. (1972). *Realidad y juego*. Barcelona: Gedisa.
- Reguillo, R. (2012). *Culturas juveniles, formas políticas el desencanto*. México: Siglo XXI.
- Roudinesco, E. (2003). *La familia en desorden*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Flechner, S. (comp.). (2010). *Psicoanálisis y adolescencia*. Buenos Aires: Psicolibro.
- Hobsbawm, E. (2012). *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Crítica.